

## Un camino para conocer el pensamiento de los teotihuacanos hacia el siglo XVI

A way to know the thought of Teotihuacans from the sixteenth century

MIGUEL LEÓN-PORTILLA Doctor en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma universidad y miembro de El Colegio Nacional. De sus varios estudios se destacan: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*; *Nezahualcóyotl, poesía*, y *Códices. Los antiguos libros del Nuevo Mundo*.

RESUMEN Se presenta y analiza en este artículo una información que incluyó Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de las Indias* acerca de los pipiles nicaraos. Proporcionaron ellos informes sobre su origen y creencias en 1528. El autor de este artículo se pregunta si, con base en dichos informes, es posible conocer algo de lo que fue el pensamiento religioso de los teotihuacanos. Para ello, se fija en varios de los temas sobre los que informaron los pipiles nicaraos.

PALABRAS CLAVE pipiles nicaraos, teotihuacanos, herencia teotihuacana.

ABSTRACT In this article, the author analyses information provided in 1528 by Gonzalo Fernández de Oviedo in his *Historia general y natural de las Indias*. Such information includes testimonies about the Pipil Nicarao religion and worldview. The author ask himself about the possible Teotihuacan origin of said traditions.

KEYWORDS Pipil Nicarao indians, Teotihuacans, Teotihuacan heritage.

# Un camino para conocer el pensamiento de los teotihuacanos hacia el siglo XVI

Miguel León-Portilla

Me pregunto si podemos conocer cómo fue la visión del mundo, el pensamiento de los sacerdotes y sabios teotihuacanos, así como algo sobre las formas de su organización social y política. Hablando con algunos arqueólogos, éstos me han dicho que las preguntas que acabo de plantear sólo pueden resolverse, en cierto modo, por medio de inferencias.

Me atreveré yo aquí a insinuar otro posible camino. Durante los últimos años algunos arqueólogos han sostenido que entre los teotihuacanos hubo una escritura glífica y, en prueba de ello, aducen muestras de la misma. Sin embargo, las evidencias que ofrecen son muy limitadas. El camino que quiero señalar es distinto.

Por una parte, pienso que debe tomarse en cuenta la iconografía de los numerosos murales que se conservan en Teotihuacan. Me refiero sobre todo a los que se localizan en varios de los palacios descubiertos por los arqueólogos. Se habla así, por ejemplo, de imágenes pictóricas del Tlalocan o paraíso de Tláloc. Si ello es realmente lo que representan esos murales de Tepantitla, serán necesarias nuevas formas muy cuidadosas de descripción. Hay también imágenes de sacerdotes de cuyas bocas o manos surgen volutas floridas. También en el caso de esas representaciones habrá que ahondar en la interpretación de sus implicaciones. Hay, además, quienes afirman que en la iconografía teotihuacana hay imágenes de varios dioses. Esto lo corroboran mencionando figuras de deidades como Huehuetéotl y Tláloc descubiertas en varios lugares.

Lo que he mencionado debe tomarse en cuenta y sin duda puede arrojar luz sobre las concepciones religiosas y la visión del mundo prevalentes por lo menos entre algunos grupos de la metrópoli teotihuacana. Y digo esto porque sabemos que Teotihuacan fue una ciudad pluricultural y multilingüe. Entre sus habitantes hubo gente de habla náhuatl, zapoteca, otomí y probablemente otros idiomas, entre ellos, el totonaco. Ahora bien, quiero

insinuar que existe otra posible referencia tocante a la visión teotihuacana del mundo.

Leyendo la obra del cronista español del siglo XVI Gonzalo Fernández de Oviedo, titulada *Historia general y natural de las Indias*, me topé con unos capítulos que tratan de las pesquisas que llevó a cabo el fraile mercedario Francisco de Bobadilla en el año de 1528 entre los pipiles nicaraos, habitantes del istmo de Rivas, entre el lago de Nicaragua y el océano Pacífico.<sup>1</sup>

Fernández de Oviedo recuerda que el conquistador Pedrarias Dávila, que gobernaba en tierras colindantes con lo que hoy es Nicaragua, quiso demostrar que no había habido predicación cristiana en el territorio donde vivían los pipiles nicaraos. Para ello llamó precisamente a Francisco de Bobadilla, que, por cierto, era pariente de su mujer. Fray Francisco, valiéndose de intérpretes, conversó con ancianos pipiles y con algunos de sus antiguos sacerdotes y gobernantes.

Y es pertinente que, al hablar de pipiles, notemos que es ésta una palabra derivada del náhuatl *pipiltin*, que significa “gente noble”. Al usarse en relación con los pipiles nicaraos y con otros del ámbito centroamericano se está implicando que eran tenidos como gente noble y principal.

La información que acerca de los pipiles nicaraos pudo así reunir Bobadilla es muy interesante para el fin que nos proponemos. Tal averiguación incluye noticias acerca de la religión de ese grupo indígena, su visión del mundo, los atributos de sus dioses, los cálculos matemáticos, el calendario, las formas de organización social, política y económica, y otros varios aspectos más. Toda esa información fue conocida por Fernández de Oviedo, que la reunió e incorporó a su *Historia*.

Añadiré aquí que hace más de cuarenta años publiqué un libro titulado *La religión de los nicaraos*, con el subtítulo de *Análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas*.<sup>2</sup>

1 Citaré aquí esta edición: Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 14 v., Asunción del Paraguay, Guaranía, 1945. Las consultas se refieren sobre todo al contenido del tomo XI de esta edición, p. 63-108.

2 Miguel León-Portilla, *La religión de los nicaraos. Análisis y comparación de tradiciones culturales nahuas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973.

Francisco de Bobadilla consigna que los pipiles nicaraos creían en una divinidad dual a la que llamaban Omeyateite y Omeyatecigoat, a la que adjudicaban atributos muy semejantes a los que otorgaban los nahuas del centro de México a la suprema pareja dual, Ometecuhtli y Omecíhuatl.<sup>3</sup> Entre tales atributos afirmaron que “están al cabo del mundo”, lo que coincide con aquello que creían en el centro de México, sosteniendo que se hallaban en lo más alto de los pisos celestes.

Hablaron también los nicaraos de otros de sus dioses: Quiáteot, el señor de la lluvia, es decir, Tláloc; Miqtantéot, es decir, Mictlantecuhtli, señor de la región de los muertos; Chiquinaut Hécat, Chicnauh Ehécatl, el señor Nueve Viento, el cual es uno de los nombres calendáricos de Quetzalcóatl, según lo muestra Alfonso Caso en *Calendarios prehispánicos*.<sup>4</sup> También proporcionaron los nombres de los días, que coinciden con los del Altiplano, y dieron otro gran conjunto de informes que permiten conocer el núcleo de su antigua visión del mundo. Asimismo, ofrecieron información sobre sus formas de vida y de organización.

Recuérdese que todo eso se obtuvo en 1528, y se conoció desde antes de que en el centro de México se llevara a cabo alguna investigación formal sobre parecidos temas. Con ello quiero decir que tal información fue por completo independiente y recogida antes que cualquier otra en el ámbito de Mesoamérica.

Al preguntarles Bobadilla a los sacerdotes de dónde habían llegado y cuánto tiempo hacía de ello, le respondieron que venían del norte y que aproximadamente hacía ocho vidas de viejos que ello había ocurrido. Calculando esas “vidas de viejos” como *huehuetiliztli*, o vejezes de 104 años, tenemos que la referencia es cercana a algo que había ocurrido alrededor de 832 años antes. Retrocediendo ese número de años respecto de 1528, nos situamos en los años finales del siglo VII d. C.

Gracias a la arqueología sabemos lo que ocurrió por ese tiempo en el altiplano central, cuando Teotihuacan había entrado ya en plena decadencia. Encontramos que la fecha aproximadamente coincide con la migración de

3 Bobadilla en Fernández de Oviedo, *op. cit.*, p. 82.

4 Alfonso Caso, *Calendarios prehispánicos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1967, p. 189.

teotihuacanos hacia el sur. La arqueología nos dice también que pasaron ellos hacia Cholula, de ahí hacia El Tajín y, de éste, siguiendo las costas del Golfo de México, con rumbo a los Tuxtlas, continuando hacia el sur a Chiapas y, de ahí, a Guatemala y a El Salvador, para llegar finalmente al istmo de Rivas, en la actual Nicaragua.

Esos migrantes de origen teotihuacano mantenían consigo sus tradiciones religiosas y culturales, así como su antigua visión del mundo. Aun admitiendo que con el paso del tiempo tales elementos culturales pudieron sufrir modificaciones, me parece que, tomando en cuenta la actitud conservadora propia de los indígenas, al menos el núcleo de sus creencias fue conservado por ellos.

De esto resulta que los testimonios que recogió el fraile Francisco Bobadilla pueden reflejar, al menos en parte, lo que fueron el pensamiento y las tradiciones de los teotihuacanos de lengua y cultura nahuas.

Si esto que estoy diciendo es verdadero, y no veo por qué ha de tenerse como falso, tenemos en los testimonios del fraile Bobadilla una fuente importantísima que puede acercarnos al pensamiento teotihuacano.

He expuesto esto que, hasta donde sé, no se ha tomado en cuenta por arqueólogo alguno, en cuanto caudal de noticias al alcance para conocer a los teotihuacanos. Si estoy en lo justo me atrevo a decir que en los capítulos sobre los pipiles nicaraos que Gonzalo Fernández de Oviedo incluyó en su *Historia* hay una fuente olvidada, pero de gran valor, para conocer por lo menos algo del pensamiento que floreció en la gran metrópoli teotihuacana.

La grandeza de la que se conoce como metrópoli de los dioses fue seguramente ámbito donde floreció un pensamiento rico en significaciones.

En lo que concierne a la organización social, política y económica, el fraile Bobadilla proporciona también algunas noticias.<sup>5</sup> Habla así de la existencia de gobernantes a los que, nos dice, llamaban “teytes”, forma tal vez corrompida de *tecuhtli* o *teuhti*. Y, entre otras cosas, nos dice que esos señores se reunían en un *calpón*, es decir, en una *calli* (casa), con la desinencia *pon*, que le confiere un sentido aumentativo, probablemente corrupción del sufijo *-pol*.

5 Bobadilla en Fernández de Oviedo, *op. cit.*, p. 72-192.

Según esto, las reuniones de los nahuas *pipiltin* se efectuaban en una *calli* grande situada en determinados barrios, por lo que, me parece, será de interés saber si existían también o no en los barrios teotihuacanos. Corresponderá a los arqueólogos tomar o no en cuenta lo que estoy exponiendo.

A continuación expondré algunos testimonios en apoyo de la larga duración de las creencias entre los teotihuacanos.

Un primer elemento en común que ha perdurado durante muchos siglos entre los teotihuacanos y sus descendientes es precisamente su lengua, el náhuatl, con la posible variante de la elisión de la *l* final: náhuat. Otro elemento presente en el arte arquitectónico es el de la introducción del tablero y el talud en los basamentos piramidales. Ello se difundió a lo largo y ancho de Mesoamérica hasta los tiempos de la conquista.

Quiero aducir también aquí algo que se refiere a su creencia en la deidad dual. Dicha deidad era concebida como una especie de ser metafísico que se hallaba en los extremos del mundo, asociada muchas veces con un gran árbol cósmico, generalmente una ceiba. La creencia en ese ser supremo puede documentarse con la estela 5 de la zona arqueológica de Izapa, en el extremo sur de Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala y no lejos del océano Pacífico. En dicha estela, la suprema pareja se contempla en la figura de un ser masculino y otro femenino a un lado y otro del árbol cósmico. Esa estela, según la arqueología, data de entre dos y tres siglos antes de la era cristiana.

Muy alejada en el tiempo es la representación que aparece en las páginas 75-76 del códice maya prehispánico *Tro-Cortesiano* o de *Madrid*. La imagen que se contempla en el centro de esas dos páginas es muy semejante, ya que representa también un árbol cósmico que tiene a un lado y al otro a la suprema pareja divina.

He aducido esto en apoyo de lo verosímil que es que lo que conocemos acerca de la religión y la visión del mundo de los pipiles nicaraos que, según hemos visto, fueron descendientes de los teotihuacanos, pudo haber perdurado durante los siglos de separación de éstos con respecto a la salida de los migrantes teotihuacanos al ocurrir la ruina de su metrópoli.

Los pipiles nicaraos dijeron, cuando informaron a Francisco de Bobadilla sobre sus creencias en 1528, que procedían del norte y que de ahí habían

salido hacía ocho vejeces o *huebuetiliztli*, es decir, 832 años, fecha que, conviene insistir en ello, aproximadamente coincide con la de la salida y el abandono de Teotihuacan. Dejo al prudente lector y también al prudente arqueólogo esta información que ya he compartido, entre otros, con los arqueólogos Eduardo Matos Moctezuma y Leonardo López Lujan, que por escrito me han manifestado consideran altamente probable lo que aquí estoy exponiendo.

